

**EL JUBILADO\***  
**POR BRUNO SCHULZ**

Al final, decidí poner en práctica una idea que desde hace algún tiempo me rondaba en la cabeza.

Era un día sin viento, suave y somnoliento, uno de esos días de otoño en los que el año, después de haber agotado todos los colores y matices de la estación, parece regresar a los registros primaverales del calendario. El cielo sin sol se acomodó en estrías multicolores, suaves capas de cobalto, verdín y aguamarina, cerradas en el borde por una orla de blancura pura como el agua; eran los colores de abril, inefables y olvidados hacía tiempo. Me puse mi mejor traje y salí a la calle un tanto nervioso. Caminaba rápidamente, sin encontrar obstáculos, atravesando la calma del día y sin desviarme nunca de una línea recta que imaginaba. Sin aliento, subí corriendo la escalinata de piedra. *Alea jacta est* me dije a mí mismo golpeando la puerta del despacho del director. Me quedé parado frente a su escritorio en actitud humilde, como correspondía a mi nuevo rol. Estaba un poco confundido.

El director sacó de una caja de vidrio un escarabajo clavado en un alfiler y lo acercó a sus ojos observándolo a contraluz. Sus dedos estaban manchados de tinta, sus uñas eran cortas y planas. Me miró por encima de sus anteojos.

—¿Al señor consejero le gustaría inscribirse en el primer grado? —preguntó—. Sería un gesto muy loable y digno de elogio. Entiendo que desea reconstruir su educación desde las bases. Siempre lo dije: la gramática y la tabla de multiplicar son los fundamentos de la educación. Por supuesto que no podrá ser tratado como un alumno sujeto a las obligaciones escolares, sino más bien como un oyente, como un veterano del abecedario, digamos, que después de un largo exilio retorna para amarrar en el banco de la escuela. Dirigió su nave maltrecha a este puerto, digamos... Sí, sí, señor consejero, pocos son los que nos demuestran esa gratitud, ese reconocimiento a nuestros méritos para, después de un siglo de trabajo y de penurias, volver a nosotros y establecerse definitivamente acá como repetidores voluntarios vitalicios. El señor consejero gozará de derechos excepcionales. Siempre lo dije...

—Perdón —lo interrumpí—, pero me gustaría aclarar que, en cuanto a los derechos excepcionales, renuncio por completo a ellos... No quiero privilegios. Al contrario... No me gustaría diferenciarme en nada, quiero integrarme, fundirme en la masa gris de la clase. Todo mi propósito fracasaría si me sintiera privilegiado en algo en comparación con los demás. Incluso cuando se tratara de castigos físicos —levanté un dedo—, reconozco plenamente su influencia saludable y moralizadora, le pido expresamente que no hagan conmigo ninguna excepción.

—Muy sensato, muy pedagógico —dijo el director con respeto—. Además, creo —añadió— que su formación, como consecuencia de una larga inactividad, seguramente tenga algunas lagunas. En ese sentido, generalmente nos dejamos llevar por ilusiones optimistas que después son fáciles de disipar. ¿Usted todavía recuerda, por ejemplo, cuánto es cinco por siete?

–Cinco por siete... –repetí confundido, sintiendo cómo el desconcierto fluía en ondas suaves y cálidas hacia mi corazón y borraba la claridad de mis pensamientos. Deslumbrado por la revelación de mi propia ignorancia y otro poco por el placer de volver a una ignorancia infantil, empecé a tartamudear y repetir: cinco por siete, cinco por siete...

–Bueno, ya ve –dijo el director–, es el momento ideal para reinscribirlo en la escuela.

Luego me agarró de la mano y me llevó a la clase donde iba a estudiar.

Nuevamente, como hacía medio siglo, me encontré en ese ajetreo, en ese enjambre oscuro de cabezas movedizas. Estaba parado en el centro, chiquito, prendido del saco del director, mientras cincuenta pares de ojos jóvenes me miraban con la indiferente y cruel objetividad de animalitos que ven un individuo de su misma raza. De todas partes me hacían muecas con una fugaz hostilidad y me sacaban la lengua. Haciendo valer la buena educación que una vez había recibido, no reaccioné a las provocaciones. Al mirar esas caras movedizas de gestos torpes, recordé una situación semejante sucedida cincuenta años atrás. Entonces estaba así, parado al lado de mi madre, mientras ella hablaba con la maestra. Ahora, en lugar de ella, el director susurraba algo al oído del profesor, quien asentía con la cabeza escrutándome atentamente.

–Es huérfano –le dijo finalmente a la clase–, no tiene padre ni madre, no lo molesten demasiado.

Después de ese comentario conmovedor, las lágrimas asomaron a mis ojos, verdaderas lágrimas de ternura, y el director, emocionado también, me empujó hacia el primer banco.

Desde entonces comenzó para mí una nueva vida. La escuela me absorbió por completo. En los días de mi vida anterior, nunca había estado tan ocupado en semejante cantidad de asuntos, intrigas y pequeños negocios. Vivía en medio de una gran agitación. Por encima de mi cabeza se cruzaban miles de intereses de lo más diversos. Me enviaban señales, telegramas, me hacían señas de complicidad, cuchicheaban, guiñaban sus ojos y de todas las formas posibles me recordaban los compromisos que había contraído. Apenas podía aguantar hasta el final de la clase, durante la cual, por decencia innata, estoicamente soportaba todos los ataques para no perderme ni una palabra del profesor. Ni bien sonaba la campana, se me venía encima toda esa chusma vociferante, me rodeaban con un ímpetu vigoroso dejándome casi hecho pedazos. Venían corriendo desde atrás, retumbando con los pies por encima de los pupitres, y saltaban por encima de mi cabeza y caían sobre mí. Cada uno me gritaba sus pretensiones al oído. Me convertí en el centro del interés general: las operaciones más importantes, los asuntos más complicados y delicados no podían resolverse sin mi participación. Caminaba por la calle siempre cercado por una multitud ruidosa que se movía violentamente. Los perros nos esquivaban de lejos con la cola entre las patas. Los gatos trepaban a los techos cuando nos acercábamos y los chicos solitarios que nos cruzábamos por el camino escondían sus cabezas entre los hombros con un fatalismo pasivo, preparados para lo peor.

El aprendizaje escolar no había perdido para mí nada del encanto de la novedad. Valga como ejemplo el arte de silabear. El profesor apelaba directamente a nuestra ignorancia, sabía

extraerla con gran habilidad y astucia, hasta llegar en nosotros a la tabula rasa, que es la base de toda enseñanza. Habiendo eliminado de esa manera todos los prejuicios y hábitos, empezaba la instrucción desde sus fundamentos. Con dificultad y mucho esfuerzo pronunciábamos melódicamente las sílabas sonoras resoplando por la nariz durante las pausas y apoyando el dedo sobre las letras del libro. Mi abecedario tenía las mismas huellas del dedo índice –profundas en las letras más difíciles– que los abecedarios de mis compañeros.

Una vez, ya no recuerdo bien por qué, entró a la clase el director y, en el silencio que se hizo repentinamente, señaló con el dedo a tres de nosotros, entre ellos a mí. Tuvimos que ir de inmediato con él a su despacho. Sabíamos lo que iba a pasar y mis dos cómplices se pusieron a llorar por anticipado. Con indiferencia miré su arrepentimiento precoz, sus caras deformadas por el llanto sorpresivo, como si con las primeras lágrimas se les desprendiera la máscara humana y surgiera una máscara de masa informe de carne llorosa. En cuanto a mí, estaba tranquilo y me abandonaba al curso de los acontecimientos con una determinación de índole moral, listo para soportar con entereza las consecuencias de mis acciones. Esa fuerza de carácter que aparentaba solidez no le gustó al director, cuando los tres culpables nos paramos delante de él en su oficina. El profesor asistía a la escena con un bastón en la mano. Me desabroché el pantalón con indiferencia, pero al verme el director exclamó:

–¡Qué vergüenza! ¿Es posible a su edad? –y miró escandalizado al profesor–. Un extraño fenómeno de la naturaleza –añadió con una mueca de asco. Luego, tras haber liberado a los otros dos chicos, pronunció un sermón largo, lleno de desprecio y desaprobación. Pero yo no le entendía. Comiéndome las uñas con aire ausente, miraba torpemente al vacío. Después dije:

–Señol dilectol, fue Wacek el que escupió el pan del plofesol.

Me había convertido verdaderamente en un niño.